

## ***Sueños de café***

Era tarde. Un hombre se encontraba solo, en una noche fría y profundamente oscura, bañado en papeles con números y nombres de personas que no conocía. Su taza de café, ya frío, se encontraba encima de unas carpetas colocadas de manera caótica, pero con un equilibrio casi imposible. El caer de la lluvia lo adormecía poco a poco, como el sonido de un pequeño tambor que tiene la maliciosa intención de hipnotizarlo. El crujido de los muebles combinado con el roce del lápiz en las hojas interminables era lo más parecido a un canto de cuna. Todo conspiraba contra los deberes de aquel hombre y, finalmente cayó.

Su rostro golpeó ligeramente los contratos que firmaba y, luego de un instante, despertó repentinamente. “No puedo más”, se dijo a sí mismo. Se levantó de su silla metálica, tomó su abrigo y su sombrero, dejando el desorden sin preocupación alguna. Se dirigía a la cafetería de un viejo amigo que había hecho con el tiempo, ya que siempre llegaba a la misma hora cada día. El hombre, con su abrigo lleno de pequeñas gotas de agua por la llovizna que se precipitaba esa noche, caminaba por las calles oscuras y húmedas, sin ningún otro sonido más que sus pasos. Caminaba tranquilamente, pensando en números infinitos hasta que, de repente, algo captó su atención. Detrás del retumbar de las gotas de lluvia en los charcos, se escuchaba un armonioso silbido que poco a poco comenzó a tomar fuerza. El hombre reconoció el ritmo de aquella interpretación improvisada, ya que era una de sus canciones predilectas. Impulsado por la curiosidad, giró bruscamente y encontró delante de él la silueta de una mujer, con labios delgados, pupilas brillantes y con una cabellera increíblemente rizada, con toque rebelde por lo mojado que se encontraba. Totalmente fascinado, el hombre no pudo reaccionar tan veloz como hubiera deseado, y con el poco aliento que le restaba, dijo:

- Buenas noches, señorita.

Su corazón palpitaba violentamente, sin pensar en otra cosa más que en sus hermosos rizos. No era concebible que una mujer como ella estuviera caminando sola a esas horas. Pero que importaba, el momento ocurría y el tiempo se terminaba para pensar en algo más inteligente que un simple saludo. También consideraba la posibilidad de irse si ella no respondiera, pero cuando estuvo a punto de girarse luego de un silencio que parecía eterno, se detuvo.

- Buenas noches, buen hombre. – respondió ella, con una dulce sonrisa.

Ya no había marcha atrás. Era todo o nada, y a falta de tiempo para pensar en un discurso patético acerca de lo hermosa que era, usó una frase de la que después se arrepintió.

- ¿Qué hace una señorita como usted paseando a tan altas horas? – dijo él, con una sonrisa mal lograda por culpa de la vergüenza ante su falta de imaginación en esos instantes.

- A dónde me lleve el viento. – respondió.

Esta simple respuesta liberó la tensión y sorprendentemente, comenzaron a platicar sobre la canción que ella silbaba, sobre la lluvia, sobre su gusto insuperable por el café, entre otros temas que los provocaban desnudar su alma a mitad de la noche gracias la dulce lluvia. Caminaron por las calles vacías y brillantes hablando de sus vidas sin un rumbo aparente hasta que, de pronto, se encontraban el pórtico del hogar de aquella señorita de deliciosos rizos.

- Fue un placer haberla conocido. Usted es como el capricho de mis más profundos sueños. – dijo él, con el pecho humeante y los ojos cristalinos.

- El placer fue mío, caballero. Quién adivinaría lo que uno se puede encontrar en noches tan terriblemente hermosas como esta. – respondió ella dulcemente.

Y allí estaban los dos, perpetrados ante un pórtico rústico con una bombilla defectuosa, sin más sonido que el viento soplando sutilmente alrededor de sus abrigos. El silencio se extendía, ambos se miraban sin parpadear, sonriendo, respirando lentamente y con los latidos de sus corazones sincronizados al unísono de las gotas de lluvia. Ambos se buscaban en sus pupilas, adivinando sus pensamientos, conociendo sus anhelos más profundos. Sabían que se deseaban, pero la decencia de aquel hombre impedía seguir sus impulsos. Aunque esto no aplicaba en ella. Contra toda probabilidad ella se abalanzó sobre él, rodeando su cuello con sus níveos brazos, acariciando su pelo y dándole un beso de vida y muerte a la vez. Flotando en el éxtasis del momento, él cerró los ojos, sintiendo que la razón de su existir había encontrado un destino nuevo. Su calor, su olor, su piel, su voz, su delicioso gusto por el café y su atrevido ímpetu lo hacían pensar una y otra vez:

*“Al fin la he encontrado.”*

Abrió los ojos y su sorpresa fue descontrolada. En lugar de los labios de ella, se encontraba una hoja arrugada; en lugar de sus delicados brazos, su abrigo; y en lugar de sus rizos, estaba su taza de café, regada por todo su escritorio. La decepción era indescriptible. La cúspide de su existencia tan sólo fue una broma de mal gusto por parte de sus pensamientos, y no podía hacer nada para remediarlo. Miró el reloj y notó que ya pasado bastante tiempo después del fin de su turno. Triste, sacudió nuevamente su abrigo, se colocó su sombrero y salió, ya no rumbo a la cafetería, sino a su hogar, con la esperanza de olvidar aquella felicidad efímera que casi le cuesta la cordura. Cerró su oficina y caminó, ya no pensando en cuentas o números, si no en la incredulidad acerca de ese sueño. Con la frente baja, dobló en una esquina dónde se encontraba su hogar, mientras sacaba las llaves de su bolsillo. Y en ese mismo instante, dejó caer las llaves y detuvo su caminar. ¿Por qué? Porque el mismo dulce silbido se volvió a escuchar.